

RESEÑA

ANSELM JAPPE, *LAS AVENTURAS DE LA MERCANCÍA*, LOGROÑO: PEPITAS DE CALABAZA, 2016, 289 PÁGS.

Lorena Acosta Iglesias

Universidad Complutense de Madrid

lorena.acosta.iglesias@gmail.com

Ante el protagonismo del declive de las formas de representación institucional y por otro lado, las vueltas de tuerca populistas que plagan el panorama político actual, anidadas fundamentalmente en cierta confianza —podríamos decir, en ocasiones ciega— de la autonomía de lo político, pareciera que la aportación al debate de la actualidad que desde los años ochenta llevan por bandera los críticos de la escisión del valor [*Wertabspaltungskritik*]¹ —corriente a la que le da voz Anselm Jappe en

¹ La crítica de la escisión del valor [*Wertabspaltungskritik*] es una joven corriente de pensamiento que nació alrededor de los años ochenta del siglo pasado en Alemania, al calor de su teórico fundamental Robert Kurz y con un claro interés antiacadémista que superara a su vez los límites de la militancia anticapitalista. Su aliento principal fue hacer una relectura de la teoría del valor de Marx que fuera capaz de explicar la actual descomposición del capitalismo como forma de reproducción social, anticipándose así al diagnóstico de la crisis financiera que hemos vivido en los últimos tiempos. Entre los teóricos principales que iniciaron las andaduras de la crítica del valor se encontrarían el mencionado Robert Kurz, fallecido en 2012, cuyas obras principales podrían ser *Der Kollaps der Modernisierung* (1991), *Geld ohne Wert* (2012) o *Das Weltkapital* (2012), así como Roswhita Scholz, que introdujo la dimensión feminista que reclamaba una teoría del valor a la altura de los tiempos con su obra *Das Geschlecht des Kapitalismus* (2000), y por otro lado, teóricos como C. P. Ortlieb, E. Lohoff... etc. Juntos fundaron, en un primer momento, el grupo *Krisis* y con él la revista *Krisis. Kritik der Warengesellschaft* [<http://www.krisis.org/>] donde se puede encontrar, entre otros, el famoso *Manifiesto contra el trabajo* [Manifest gegen die Arbeit], traducido por la editorial Virus en 2002. Posteriormente, se produjo una separación respecto a los dos primeros teóricos, Kurz y Scholz, y éstos acabaron fundando otra revista titulada *Exit! Krise und Kritik der Warengesellschaft* [<http://www.exit-online.org/>], donde se puede seguir actualmente el decurso sus investigaciones.

Por la parte del autor que aquí nos ocupa, Anselm Jappe, además de ser especialista en Guy Debord, también fue miembro del Grupo *Krisis* y continúa trabajando en la línea de la crítica del valor, prueba de ello son las intervenciones de Jappe que tuvieron lugar en Madrid el pasado abril del 2015 al amparo de la librería Enclave y organizado por la *Sociedad de Estudios de Teoría Crítica* (SETC) y el Grupo Surrealista de Madrid, las cuales se han recogido

este libro— quedaría diluida en meras fórmulas eruditas que exhortan volver una vez más al perro viejo en el que se habría convertido Marx a partir de 1989 desde una exégesis demasiado teoreticista que lanzaría irremediablemente la praxis política al pesimismo derrotista.

Nada más lejos de la realidad: la presente traducción de un libro que ya vio la luz en 2003 para el público francés, el cual ofrece la panorámica más acertada y sintética disponible ahora en castellano² de los principales problemas que saca a la palestra de la actualidad la crítica de la escisión del valor, reverbera precisamente el influjo contrario: esto es, por un lado, evidenciar la indudable contemporaneidad del filósofo renano sin caer en el proselitismo ni en la impostura y por otro lado, intentar comprender a partir de dicha evidencia y a través de ella la presente crisis como una huida hacia delante dentro de la dinámica evolutiva autotélica y tautológica de la reproducción social capitalista. Ciertamente, los teóricos del valor hacen especial hincapié en el error metodológico —del que ya advirtió Marx eludiendo a las ‘robinsonadas’ de Smith— que supondría tratar la economía capitalista meramente como un sistema productivo separado del resto de las esferas de la vida. Por ello, señalan enfáticamente el carácter de reproducción social inherente al capitalismo, el cual teje la malla de socialización entre los individuos de tal manera que todos los espacios de la vida quedan subordinados a la lógica tautológica de la autovalorización que, cual sujeto automático, fetichiza todas las relaciones sociales.

Por otra parte, el temprano diagnóstico de la crisis de la sociedad del trabajo realizado por los teóricos del valor y su progresiva agudización al menos desde el

en el libro JAPPE, A., MAISO, J., ROJO, J. M., *Criticar el valor, superar el capitalismo*, Madrid: Enclave de Libros, 2015.

Otro de los teóricos a considerar afines a la crítica de la escisión del valor —si bien no se acoge unilateralmente a ella— es el caso de Moishe Postone, cuya obra más importante es *Tiempo, trabajo y dominación social* (1993). Para poder medir los acercamientos y divergencias entre Postone y Kurz sobre la teoría de la crisis actual del capitalismo se recomienda consultar el siguiente artículo: MAISO, J., y MAURA, E., “Crítica de la economía política, más allá del marxismo tradicional: Moishe Postone y Robert Kurz”, *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, nº50, 2014, pp. 269-284.

² Progresivamente se van traduciendo al castellano importantes aportaciones de la crítica de la escisión del valor, principalmente gracias a la editorial Pepitas de Calabaza, como es ejemplo el libro reseñado, así como JAPPE, A., *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*, Logroño: Pepitas de calabaza, 2011, VVAA., *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades. Ensayos sobre el fetichismo de la mercancía*, Logroño: Pepitas de calabaza, 2014, que recoge artículos de Robert Kurz, Anselm Jappe y Claus Peter Ortlieb o MARX, K., *El fetichismo de la mercancía (y su secreto)*, Logroño: Pepitas de calabaza, 2014, el cual recoge los pasajes marxianos de *Das Kapital* centrados temáticamente en el fetichismo de la mercancía, precedido de un lúcido prólogo escrito por Anselm Jappe resaltando la importancia del abordaje crítico de las categorías fetichistas para la crítica de la escisión del valor.

crack financiero del 2008, ha supuesto en los últimos años una mayor difusión de sus planteamientos por ser un gran revulsivo teórico frente el discurso anticapitalista hegemónico. Este último, según los teóricos del valor, plantearía, *grosso modo*, la crisis del capitalismo meramente en términos de crisis de representación política, presuponiendo que la nueva fase del capital se resume en un proyecto político liderado por los “peces gordos” neoliberales, por lo que acaban reduciendo el proceso de autovalorización —piedra angular de la lógica dinámica del capital— meramente a una cuestión de lucha de clases y, en último lugar, a la redistribución de la —cada vez más menguante— riqueza abstracta de manera inmanente al propio colapso de la lógica capitalista. Es más, a ojos de los teóricos del valor, «ahora las crisis ya no derivan de las imperfecciones del sistema productor de mercancías, sino, por el contrario, de su completo desarrollo [...] Hay que abandonar la ilusión de que los problemas planteados por el mercado todavía pueden encontrar soluciones en el terreno de la propia economía de mercado» (p. 207)

Por todo ello, los teóricos del valor se preguntan ante estos “falsos amigos”— Jappe hace hincapié en voces del panorama intelectual de raigambre anticapitalista, que van desde Bourdieu, Polanyi o Hardt y Negri— si ese “retorno” a cierto fordismo keynesiano que reclaman, donde la política y el Estado fueran capaces de liberar al capitalismo de sus excesos —principalmente de la especulación financiera— devolviéndole así el “rostro humano” que algún día tuvo, es realmente deseable. Esta pregunta que lanzan tiene que ver, fundamentalmente, con el papel que adquirió el Estado “providencia” en torno a los años 1920 hasta 1975 aproximadamente, período que usualmente se ha denominado fordismo. Efectivamente, a partir de las innovaciones técnicas que supuso el sistema taylorista y fordista, en un primer momento en el ámbito automovilístico, se fue tejiendo un nuevo sistema económico-social basado en la producción masiva de mercancías a precios bajos— principalmente bienes de consumo que plagaran todos los dominios de la vida — en relación a unos salarios altos que en conjunción fueran a dar con una democracia política con pleno empleo e infraestructuras sostenidas a crédito por parte de los Estados como forma de “garantizar” los servicios sociales. Sin embargo, a pesar de que el fordismo logró disimular la gran crisis de 1929 a través de la financiarización de los *faux frais* por parte del Estado acompañado de una sobreproducción de mercancías, el aumento de dichos gastos ya inasumibles por parte del Estado, junto con el aumento asimismo del trabajo improductivo, y con ello, la disminución de la tasa de ganancia, hizo que en torno a 1975 se agotara el ciclo fordista-keynesiano, principalmente a causa de la caída del patrón oro en 1971, ya que esto produjo una alta inflación y trajo con ello la imposibilidad de seguir financiando por parte del Estado y a partir del crédito unos servicios sociales cuyos gastos sólo podían ir *in crescendo*.

Además de todo ello, la revolución microinformática ha agravado considerablemente dicha crisis, ya que al cooptar la vinculación entre productividad y gasto de trabajo abstracto encarnado en valor, no es capaz de establecer un nuevo modelo de acumulación —como sí ocurría en el fordismo a través de la ampliación de mercados compensando la reducción de trabajo contenido en cada mercancía—; sino que «desde el comienzo, vuelve inútiles —“no rentables”— enormes cantidades de trabajo. [...] Pone en marcha el “círculo vicioso” al que asistimos desde hace veinte años. Para sobrevivir en una situación en la que él mismo sierra la rama en la que se encuentra sentado —el trabajo—, ahora todavía más que antes, el sistema capitalista debe buscar subterfugios para hacer que coincidan momentáneamente la circulación y la producción, suspendiendo prácticamente la ley del valor» (pp. 130 y 131). Uno de esos subterfugios es, claramente, la huida hacia adelante que supone la financiarización de la economía: a través de la autonomización de los mercados bursátiles y la especulación mediante el capital ficticio, éste ha sido capaz de sobrevivirse simulando valor en el futuro y superando así sus límites reales y, por tanto, consumiendo a crédito, y sin la mediación del trabajo muerto, su propio futuro. Como apunta Jappe, efectivamente, «esto crea la ilusión de que el trabajo tiene el poder místico de crecer por sí mismo, sin la mediación de un proceso productivo en el cual se habría consumido trabajo.» (p. 131).

Sin embargo, aun cuando el trabajo y el dinero son estadios diferentes del mismo proceso de valorización, sólo el dinero que es resultado de un proceso exitoso de valorización mediado por el trabajo puede realmente suponer un ‘beneficio’, mientras que el dinero que es resultado de la especulación crediticia basada en la confianza de las ganancias futuras acaba por desvalorizarse y comprometiendo al presente en forma de crisis. No obstante, los críticos del valor inciden —contra la postura de los mencionados discursos anticapitalistas hegemónicos— en que no hay que confundir la causa con el síntoma: si bien las burbujas financieras han sintomatizado la actual crisis, no son causa de la misma. Es decir, la progresiva necesidad de crédito, la consecuente desvalorización del dinero y por último, el colapso de la dinámica de autovalorización del capital a través de su límite interno viene dada, como hemos señalado anteriormente, por la conjunción del aumento de los *faux frais* sostenidos por el Estado en el modelo fordista-keynesiano —aun cuando todavía la especulación financiera era capaz de acompañar entonces la dimensión de la acumulación real—, junto con la abolición del patrón oro —el cual era el último límite de seguridad para evitar la multiplicación *ad infinitum* del dinero sin valor a través del crédito basado ya únicamente en la confianza—, y por último, el aumento de la competitividad y de la productividad debido a la revolución microelectrónica —la cual finalmente ha acabado por socavar la única fuente real de la producción de valor, esto es, el trabajo humano—.

Efectivamente, para los críticos de la escisión del valor —los cuales reclaman sin ambages una crítica radical de las categorías fetichistas que constriñen y vertebran toda la socialización capitalista— advierten que cuando el discurso anticapitalista hegemónico señala las burbujas financieras como causa de la crisis actual y con ello, a los especuladores como responsables políticos de dicha crisis, no están demandando más que un remedio inmanente a la propia dinámica capitalista que le procure a la misma la postergación de su último estertor. Y es que, como señala acertadamente Jappe, «la “voluntad política” no ha hecho otra cosa que ejecutar las leyes que rigen la última fase del capitalismo, cuando este ya ha agotado su vía natural y busca mantener desesperadamente una apariencia de producción de valor. La globalización neoliberal no es una “vuelta atrás”, frente a la cual habría que defender los logros de la democracia social. Es más bien la fase que sigue lógicamente al Estado providencia» (p. 211).

Por otro lado, otro de los blancos de la crítica del valor es el marxismo tradicional por enrocarse, como hemos anticipado, en el dinamismo de la lucha de clases como piedra de toque para comprender —e incluso transformar— la forma de reproducción social capitalista. Sin embargo, éste sólo es un conflicto interno al sistema y con ello meramente se consigue hipostasiar ahistóricamente las categorías nodulares por las que se rige el fetiche-capital. Así ocurre con «la última mascarada del marxismo tradicional» (p. 223), que recogería la postura actualmente hegemónica anticapitalista principalmente adoptada por los teóricos Hardt y Negri. Éstos sentenciarían de muerte la teoría marxiana del valor en tanto que el aumento del “trabajo inmaterial”, el cual tiene que ver las nuevas formas de trabajo abstracto consolidadas a partir de la revolución microelectrónica, trastocaría los parámetros de la producción del valor ya que sería imposible diferenciar entre trabajo productivo, reproductivo e improductivo. Por tanto, para Hardt y Negri, estas nuevas formas de trabajo inmaterial permitirían el afloramiento de nuevas subjetividades acompañadas de un potencial revolucionario —recuperando un tanto anacrónicamente la función histórica del proletariado— que dinamite la estructura de la plusvalía, en la cual cifran unilateralmente la dinámica capitalista —aun cuando no sólo la explotación es el signo distintivo del capitalismo, sino que dicha explotación ha de darse reasumiendo al mismo tiempo el grado de rentabilidad existente, cuestión que, por otra parte, se ha vuelto significativamente más difícil de lograr después de la revolución microelectrónica—. En último término, Jappe señala que la confusión de base reside aquí en identificar difusamente el concepto de trabajo abstracto con el trabajo inmaterial.

Precisamente para evitar luchar contra hombres de paja, la crítica de la escisión del valor nos emplaza a la crítica radical de las categorías fetichistas por las que se rige la socialización capitalista, ya que mientras que el trabajo abstracto como

categoría del fetiche-capital siga rigiendo los designios sociales, el capitalismo seguirá ganando la batalla aun cuando su muerte no sea más que la consecuencia lógica de su éxito rotundo. Por ello, tal vez siga siendo necesario recordar que el camino de la crítica de la economía política es un recorrido de ida y vuelta entre las categorías lógicas e históricas, y que tal vez en ese vaivén nos encontremos en relación con Marx, un pensador al que parece que —al menos todavía— siempre hay que volver y traer a nuestro presente:

La obra de Marx no es un “texto sagrado”, y una cita de Marx no constituye una prueba. Pero hay que subrayar que su obra sigue siendo el análisis social más importante de los últimos ciento cincuenta años. [...] Marx ha sido exorcizado y declarado muerto en varias ocasiones, la última en 1989. ¿Pero cómo puede ser que cada vez Marx haya vuelto tras algunos años, y con una salud que envidiarían sus enterradores de la víspera? Por desgracia —todo hay que decirlo—, pues uno preferiría vivir en un mundo en el que las obras de Marx hubiesen sido efectivamente superadas y ya no constituirían más que el recuerdo de un mundo desaparecido (p. 22).